



25 de noviembre de 1888

Añadir a la virginidad todas las demás virtudes

Queridas hermanas

¿No os habéis preguntado a veces, cuando veis a las hermanas pedir el hábito o el velo, qué es lo que las atrae? San Ambrosio dice que es la Santísima Virgen quien las atrae para presentarlas a su divino Hijo, y sobre este tema tiene unas palabras muy hermosas que podéis leer en el Oficio. A mí me parece que el amor a la virginidad es generalmente el gran atractivo que nos hace querer entregarnos a Dios; esto es lo que debemos aprender de las fiestas de todas esas grandes vírgenes mártires que celebramos estos días: santa Cecilia, santa Catalina, santa Lucía y sucesivamente esas ilustres vírgenes mártires que son objeto de tan gran devoción en la Iglesia.

Lo que quisiera deciros hoy es que no hay verdadero amor a la virginidad si no va acompañado de una gran valentía para servir a Dios, y que esta valentía es necesaria cada día y en cada momento. Quien se deja dominar por el orgullo, por el cuerpo, por la cobardía, por la rutina, ese terrible escollo de la vida religiosa, no tiene la valentía y el amor generoso que Dios exige, y su amor a la virginidad no es un amor verdadero. Renovaos cada día, y deciros a vosotras mismas: «Me he entregado a Dios, debo entregarme completamente, debo renunciar a mi amor propio, debo practicar la verdadera paciencia, la verdadera humildad, la verdadera mortificación, todas las virtudes que han de añadirse a esta primera virtud, tan agradable a Dios. Este es el aceite de la lámpara.

En el fondo, eran vírgenes, esas que el Evangelio llama necias, pero no tenían las otras virtudes; no tenían humildad, caridad, fervor, en fin, no tenían lo que debe hacer el aceite de la lámpara. Todas somos llamadas por Jesucristo, pero tengamos mucho cuidado cuando nos llame en medio de la noche, a esa hora que no conocemos, que nos encuentre preparadas y velando con paciencia, humildad y sacrificio.

Tenemos ante nuestros ojos en este momento un modelo de completa paciencia en el sufrimiento, pero creedme, hermanas, que si la Madre Teresa del Sagrado Corazón nos ofrece este ejemplo de admirable paciencia, es porque toda su vida no se abandonó a sí misma. Toda su vida trabajó, toda su vida soportó este cuerpo pobre y miserable que no le traía más que sufrimientos, y fue gracias a la generosidad que logró esta gran paciencia.

Pidamos a estas vírgenes cuya fiesta celebramos, mucha valentía, fidelidad y todas las demás virtudes que deben adornar la corona que el Señor nos prepara en el cielo.